

[Cortijo. Picente sel]

Apuntes para la historia
de la pérdida de nuestras
Colonias...

Madrid

1899

C144

64h

#1 for 12 units Costly

ANT

RIX

298(5)

R. 67.463



APUNTES PARA LA HISTORIA

DE LA

PÉRDIDA DE NUESTRAS COLONIAS

POR

UN TESTIGO PRESENCIAL

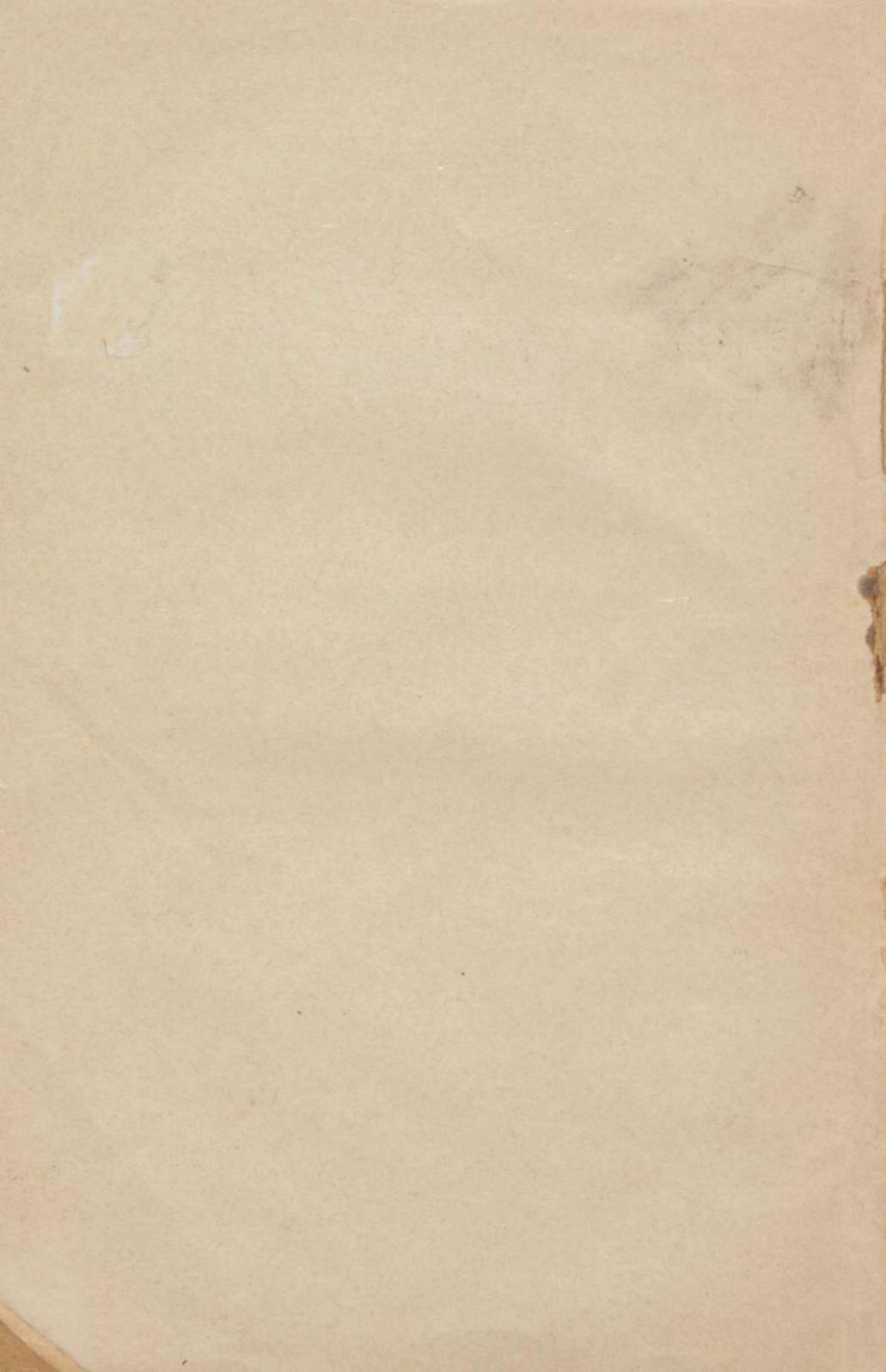


MADRID

IMPRESA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Calle de Quintana, núm. 33.

1899





Ante el tremendo infortunio que sufre nuestra desdichada Patria, difícil, muy difícil es pensar con calma, y más difícil aún trasladar al papel los amargos pensamientos, lo que la indignación, la vergüenza inspira, y sujetarlos á la prudencia y mesura que son indispensables para escritos que han de ver la luz pública.

¡Dios nos tenga de su mano y sostenga en los límites de lo posible esa indignación que se desborda del corazón y acude á nuestra pluma á raudales! Además, hay cosas que son claras, visibles, que están en la conciencia de todo el mundo, pero que no pueden decirse, porque las pruebas, que sin duda existen, no están en nuestra mano, no hemos podido jamás pensar tenerlas á nuestro alcance. Hemos perdido de un golpe todas nuestras colonias, y aunque esta pérdida no es para nosotros muy sensible bajo el punto de vista material, pues los españoles no hemos sa-

bido jamás sacar partido alguno ni beneficio de nuestras colonias, por las razones que exponderemos después, bajo el punto de vista moral la pérdida no sólo es terrible, sino afrentosa.

Vencidos casi sin combate, humillados, robados, escarnecidos, ese pueblo heterogéneo, compuesto de la escoria del mundo, abigarrada mezcla de todos los bandidos, de todos los perseguidos por la justicia de su país, ha borrado de golpe toda nuestra historia militar de tantos siglos, todo nuestro poderío, nuestro prestigio en el mundo, y no puede esa nación vanagloriarse de su fácil triunfo. No puede creerse ni pueblo guerrero, ni gran nación por concepto alguno. El triunfo alcanzado tan fácilmente, se lo han dado nuestros ineptos gobernantes, nuestros políticos todos, los hombres que vienen hace tantos años vendiendo, hundiendo, empobreciendo, envileciendo el país, por atender exclusivamente á su mezquina política de caciquismo, á las miserables pasiones de medro personal y el de sus afines.

Antes de explicar los hechos, para lo cual basta su sencilla narración, precisa examinar ligeramente las causas que motivando esas insurrecciones, alentadas, pagadas y preparadas por los Estados Unidos, y que á pesar de ello se llamaban *nuestros amigos*, dieron por resultado la *expoliación*, el inieuo despojo de que hemos sido

víctimas, siendo los yankis los verdugos, Inglaterra los ayudantes del ejecutor, y el resto de Europa los cómplices.

No es muy antiguo el odio de las colonias para su madre patria. En Filipinas hace veinticinco años nadie pensaba en insurrecciones, y el respeto al *castila* era profundo, y si aquellos habitantes, por su índole especial, no sienten ni conocen el cariño, tampoco conocían el odio.

En Puerto Rico, hasta ahora, hasta después de pertenecer á los Estados de la Unión, no se conocía odio á España ni á los españoles, y en Cuba los primeros chispazos filibusteros, las primeras intentonas de independendia y de guerra, siempre fraguadas, fomentadas, pagadas y alentadas por los Estados Unidos, fueron la de López el año 50 al 51, es decir, no hace aún medio siglo.

En cambio, recuérdese el comportamiento de los habitantes y de los naturales de Cuba hace un siglo, cuando los ingleses ocuparon militarmente la ciudad de la Habana.

España en aquella época no tenía barcos, ni dinero, ni armas, ni ejército. Carecía de medios para enviar á país tan distante entonces, pues no se conocía el vapor, el menor refuerzo, y caso de haberlo intentado, las poderosas escuadras de Inglaterra hubieran impedido su llegada.

No fueron, sin embargo, necesarios. El país

sacudió el yugo de los ingleses; ellos solos hicieron arriar de los muros del Castillo del Morro la odiosa bandera enemiga. Su propio esfuerzo bastó para ello, porque les guiaba, les inspiraba su patriotismo, su amor á España, de quien con orgullo se consideraban hijos.

Cincuenta años más tarde, unos veían con indiferencia las intentonas filibusteras de López; otros deseaban su *triunfo*; algunos, muy pocos, se determinaron á prestar su concurso, su ayuda personal.

Hoy, es decir, cien años después de aquel noble ejemplo de españolismo y amor patrio, una minoría inconsciente, acaudillada por aventureros, en su mayoría no cubanos, ha entregado á Cuba á los yankis, con aplauso de la mayoría de los habitantes de la Isla, ante la indiferencia de los menos, y ante la misma indiferencia, por cierto bien criminal, del llamado elemento peninsular; esto es, de los comerciantes peninsulares, que ante el negocio no ven siquiera lo que les ordena su honra, su dignidad de españoles, y aceptan tranquilos, tal vez gustosos, el yugo extranjero.

Tremendo será su desengaño. No creemos equivocarnos respecto al triste porvenir que les espera á esos españoles de *doublé*, voluntarios y patriotas ayer, sumisos hoy al extranjero y apresurándose á poner en inglés los rótulos de

sus comercios, ante la esperanza de pingües ganancias que no realizarán, ni tampoco podrán quejarse á nadie si son robados, expoliados, maltratados y expulsados, lo cual no es difícil.

Tan profundo, tan radical cambio en tan corto tiempo en la opinión de un pueblo, debería seguramente obedecer á grandes desaciertos, inmensos errores de nuestros gobernantes, ofensas de tal magnitud que constituyesen verdaderos crímenes.

Nada de esto ha sucedido sin embargo; es más, hubiera sido factible todo ello en la época de los virreyes, en los tiempos del absolutismo en todos los órdenes de la gobernación y de la administración; pero precisamente el desafecto, el odio y las rebeliones de aquellos hijos ingratos de España han tenido lugar en la época más liberal de nuestra Patria, el país más libre del mundo, y país que al proclamar y establecer sus libertades, se apresuró á implantarlas en sus colonias, dándoselas no tan sólo tan completas como en la Metrópoli, sino concediéndoles privilegios de que ésta no disfruta, como son, entre otros, la excepción del servicio de las armas.

La abolición de la *esclavitud* por nadie fué allí pedida; es más, la mayoría de los cubanos la vió con disgusto, pues les mermaba sus cuantiosos rendimientos, los elementos de riqueza que les proporcionaba esa esclavitud. La medida, pues,

si ostensiblemente nadie se atrevió á censurarla, no fué vista con aplauso unánime; y después, ¡oh ejemplo inaudito de ingratitud! casi todos aquellos negros á quienes España dió noblemente su libertad, formaron en las filas de la insurrección y fueron nuestros más crueles y encarnizados enemigos.

España, al mezclar su sangre noble y generosa con la de aquellos habitantes, no sólo les dió su civilización, su idioma, sus leyes y costumbres, sino que les abrió las puertas de todas las carreras, de todos los puestos del Estado, y cubanos hay, cubanos ha habido ocupando elevadas posiciones en la Administración, en la Magistratura, en la Marina, en el Ejército.

Hablar en Cuba de la tiranía española es sencillamente ridículo, pues la libertad que han disfrutado bajo el gobierno paternal de España ha rayado muchas veces en licencia. Ya echan de menos esa libertad en Puerto Rico y Santiago de Cuba. Ya la recordarán con dolor bien pronto en toda la Isla.

Nos acusan de malos gobernantes y malos administradores, y esto es verdad; pero en ello, ni Cuba, ni Puerto Rico, ni Filipinas han perdido nada. Quien ha perdido ha sido España, que no sabiendo tener colonias, ni gobernarlas, ni administrarlas, no ha sabido obtener de ellas los beneficios, los productos naturales de sus fértiles

y privilegiados territorios, y considerándolas como feudo exclusivo de amigos, parientes y paniaguados, para éstos han sido los beneficios de esas ricas colonias, para ellos y para los naturales del país, pues los empleados ineptos, y éstos preciso es convenir que han sido en gran número, han dejado á aquellos comerciantes, negociantes, propietarios y traficantes todo el beneficio de que la Metrópoli debió participar, y los autores de las escandalosas defraudaciones, unas veces descubiertas y otras no, de esas monstruosas *irregularidades* (frasecilla novísima que cubre otras más duras que empleaban nuestros abuelos y están en el Código), seguramente no pudiendo hacerlas solos. por cada mil pesos que defraudasen para sí, dejarían defraudar muchos miles de pesos en beneficio de quien ayudase, *cubriese* y tal vez propusiese la defraudación.

No hay motivo, no, para que los cubanos nos detesten por nuestra mala administración, que ha sido siempre en perjuicio del Erario de la Península y en beneficio suyo, y de malos empleados, de funcionarios á quienes no cabe más que una disculpa, si tal puede llamarse, pues nombrados siempre, no por sus aptitudes ni por sus méritos, sino por sus recomendaciones, sin estabilidad ni seguridad en sus destinos... y otras causas que la voz pública dice y no podemos consignar por falta de pruebas, es lógico que al lle-

gar á aquel país que los americanos describen tan magistralmente en las instrucciones que dieron al general Miles, se dejasen llevar los unos por la corriente de disipación que allí reinaba, procurándose en cualquier forma, tiempo y dinero para disfrutar aquella alegre vida, y otros, más prácticos, se dedicasen á atesorar, á recoger dinero también en cualquier forma para traérselo á su país.

Otros, rectos, honrados, probos, han vivido allí con el decoro á que sus posiciones les obligaba y para lo cual tenían lo suficiente; pero al regresar, lo han hecho sin un céntimo, pues allí no era posible el ahorro para el que tuviese por su posición que alternar en aquella sociedad rica y disipada, á menos de hacer un papel ridículo.

Los cubanos no podrán vanagloriarse de darnos lecciones de administración, pues en los once meses de autonomía han demostrado del modo más palmario y evidente que su administración es funesta y desastrosa, y á más inmoral y escandalosa.

Ellos han cobrado todas las rentas de la Isla; nos han hecho saber en todos los tonos, sin duda para enaltecer la autonomía, que los rendimientos estaban todos en alza; han cobrado además é introducido en las Tesorerías de la Isla todos los millones que España, á costa de inmensos sacrificios, ha enviado para sostener la guerra, y

tal maña se han dado aquellos admirables administradores, que todos los servicios están por pagar. Se deben los haberes de los soldados, los sueldos de los jefes y oficiales, los suministros de ranchos y los de hospitales; se debe, en fin, casi todo lo que con estas considerables sumas se debió pagar, y además tales procedimientos emplearon, que motivaron procesos, en los cuales, naturalmente, no pudieron probarse las denuncias que todos sabíamos eran ciertas, siendo indispensable, por último, que el Gobierno encomendase nada menos *que al Gobernador general* la Ordenación de Pagos.

Pronto, muy pronto tendrán los cubanos buena, excelente administración. Ya han empezado á conocerla en Santiago de Cuba y Puerto Rico, y pronto veremos *la satisfacción* de aquellos hijos ingratos de España, cuando los que hoy son *sus amos*, cuando los que ellos buscaron, aceptaron y llevaron para someterse bajo su yugo sólo por odio á su madre patria, se lleven á su país las riquezas del que creen conquistado, cuando sólo ha sido regalado, y á lo más, permitan á los naturales y á los españoles poco dignos que allí queden, que ganen un mísero jornal.

Cuanto les suceda, cuanto de cruel, triste y afflictiva resulte su situación, no será más que lo que merecen por su ingratitud, por su inicua traición, mil veces mayor que la del Conde Don

Julián al abrir las puertas de España á los sarracenos, pues al menos á aquél podía disculparle el que vengaba su honra ultrajada en la persona de su hija, sin considerar en su ceguedad, que al intentar de tal modo vengar su honra, quedaba mil veces más deshonrado como traidor y cobarde; pero aquellos ingratos hijos de España no tenían agravios ni honra que vengar; no tenían más que ambición desenfrenada de mando, de independencia, para convertirse cada uno de los que se considerasen capaces de ello, en un déspota tirano.

Asombra lo ocurrido en Ponce. Aquel baile ofrecido al ejército invasor; aquellas mujeres descotadas y provocativas festejando á los que atropellando todo derecho se apoderaban de aquel pedazo de tierra española; aquella alegría y satisfacción de un país que de repente va á cambiar de enseña, de bandera, de idioma, de religión, de costumbres, y acepta esto festejando al usurpador sin motivo de *animosidad* para con España, sin haber habido allí guerra, ni persecuciones, ni represalias, ni venganzas, es tan monstruoso, que país que tal piensa y tal hace, está juzgado y es digno por su perversión moral de todas las desgracias que ha empezado ya á sufrir, de las que amargamente se queja ya, y eso que casi no ha tenido tiempo para comprenderlas.

II

La insurrección filipina, también hecha, pagada en parte, pues otra parte la hemos pagado nosotros, y alentada por los americanos, tiene otras causas muy diferentes.

El pretexto es el odio á las comunidades religiosas; la verdadera razón es la ambición desmedida de toda esa taifa de mestizos á quienes España abrió las puertas de las universidades y permitió que se hicieran médicos, abogados, etcétera, etc., enaltecíéndoles y premiando sus adelantos, permitiendo después que en su país ejerciesen la influencia natural sobre aquellos indios semisalvajes, á los que seducían con su inteligencia cultivada por maestros españoles, y á los que en presencia misma de nuestras autoridades podían en sus dialectos, desconocidos por nosotros, hacer activa propaganda para la revolución, la independencía y el asesinato de todos los españoles. Además de estas razones, hay también el trabajo de las logias masónicas, fomentadas, vergüenza da decirlo, por algunos indignos españoles. En Cavite el año 72 fué el primer chispazo de insurrección, sofocado dura y

prontamente, y no volvió á repetirse hasta el 96, hasta la tremenda insurrección, abortada al nacer, y que á no haber sido providencialmente descubierta, hubiese costado la vida al general Blanco y á todos los españoles residentes en aquel archipiélago.

Como en nuestro desgraciado país la pasión política lo avasalla todo, se trató entonces de quitar importancia á la insurrección primero, al inmenso servicio prestado por el general Blanco después, pues no debemos olvidar que el general Blanco, al encontrarse con un solo batallón peninsular enfrente de una formidable insurrección, y sin poder tener confianza alguna en el ejército indígena, cuyo comportamiento se ha visto después, dió muestras de un tacto, un valor y una serenidad que no es cosa nueva en tan bizarro soldado de toda la vida, pero que entendemos debió apreciarse mejor.

Lo ocurrido después lo sabemos todos. Otro general muy distinguido fué allá con grandes refuerzos, batió á los insurrectos y tuvo que regresar sin acabar de dominarlos por el estado de su salud.

Otro tercer general, también lleno de prestigio y condecorado del país, fué á terminar la campaña, y después de batir á los insurrectos aceptó su sumisión aparente, les concedió libertad y dinero, regresó victorioso y regresaron con él

casi todos los refuerzos peninsulares enviados allá. Esto se hizo, como siempre, por cuestión de economías, que nuestros hombres políticos y de gobierno sólo encuentran posibles en Guerra y Marina.

Los traidores insurrectos emplearon el dinero recibido en armas, municiones y en fomentar la insurrección, y la libertad para trasladarse á los Estados Unidos y tratar allí la traición que había de dar por resultado la guerra, y con ella, gracias á nuestra imprevisión y á las decantadas economías en Guerra y Marina, sorprendiéndonos el enemigo sin barcos, sin defensas, sin artillería potente, sin material de guerra moderno, de nada había de servir el valor heroico de tanto obscuro mártir. El enemigo no ha sido de los que son capaces de honrar y enaltecer esas virtudes. Ese enemigo que durante tantos años viene fingiéndose amigo, acechando, espiando el momento oportuno y preciso para quitarse la careta y mostrarse tal cual es, traidor, egoísta, mezquino, miserable, aprovechó la ocasión que le ofrecía la torpe é incalificable conducta de nuestros gobernantes, y, nuevos cartagineses, no han vacilado en descubrirse tal cual son. Sólo ellos han podido presentarse tan descaradamente bajo aspecto tan repugnante é innoble, porque tal es el fondo, el carácter de ese pueblo que tan poco vale, y cuyo poderío, fundado sólo

en sus riquezas, quizás haya recibido un golpe rudísimo con este fácil triunfo, con este cambio radical de nación comercial en nación política y guerrera, sin ser una cosa ni otra.

Probable y posible es que este cambio le cueste muy caro en plazo breve; pero dejemos que la Providencia decrete sus inexorables designios, que castigue las felonías, ambiciones y crueldades de aquel pueblo innoble, como ya ha empezado á hacerlo, y volvamos al objeto principal de este escrito.

Hemos dicho que las primeras intentonas filibusteras en Cuba fueron las de López el año 50 al 51, y después vino la primera guerra separatista, que duró diez años y terminó por el convenio del Zanjón, convenio que, según opinión de muchos insurrectos, fué inútil, pues la insurrección estaba vencida, terminada; pero ofreciendo España á los insurrectos que se iban á entregar, no sólo la libertad, sino dinero, la cosa no era de desdeñar.

Resultó, pues, lo que sucede sólo en nuestro país. El sufrido ejército que se batió durante diez años y luchó, no sólo con el enemigo en terribles combates, sino con el mortífero clima y los sufrimientos de aquella campaña, que no puede juzgar ni apreciar más que el que los ha experimentado, porque aquello no se describe, quedó sin cobrar sus haberes, recibió en pago de sus

alcances un abonaré, que el que no lo ha vendido por ínfima cantidad á un agiotista, el cual seguramente lo habrá cobrado, cosa que no hubiese podido lograr el verdadero acreedor, *conservará* su abonaré como un recuerdo de aquella campaña y un ejemplo de la ingratitud de nuestros gobernantes para los que exponen su vida en defensa de la honra de la Patria y la integridad del territorio.

Nada, absolutamente nada aprendimos en aquellos diez años de campaña; es más, sólo en apariencia terminó ésta. Bajo el pretexto de bandolerismo continuó la guerra; pero España, siempre indiferente al porvenir, siempre manejada por sus funestos directores, dió de veras por terminada aquélla, licenció el ejército sin pagarle, puesto que había invertido el dinero en cosa tan distinta como pagar á los insurrectos, y bajo el eterno principio de economías en Guerra y Marina, disminuyó unidades, disolvió regimientos, desguarneció provincias enteras; no hizo, en previsión de lo que pudiera sobrevenir, lo más insignificante para evitarlo ó prevenirlo; no vió, ó mejor dicho, no quiso ver el incesante trabajo de los Estados Unidos para fomentar y alentar nuestras discordias; cerró los ojos á las provocaciones incesantes de aquellos desvergonzados criollos de la famosa acera del Louvre; dejó, siempre por las economías, los escasos regi-

mientos que guarnecían una isla tan inmensa y con tan difíciles comunicaciones, sin fuerzas, porque á los soldados, aun casi resistiéndose á ello, se les rebajaba para que trabajasen en sus oficios ó en el campo, y los dos únicos regimientos de Caballería que dejaron tenían los caballos en potrero, por lo menos el de Puerto Príncipe, y los soldados rebajados. Esto en un país en que la guerra se hace á caballo y hay trescientas leguas desde Punta Maisi á Cabo de San Antonio.

El general Concha, el año 51, propuso la construcción del ferrocarril central de la Isla, con el doble objeto de evitar futuras insurrecciones y dar salida á las riquezas del país en el interior; pero como este proyecto perjudicaba á las dos grandes empresas navieras de Mortera, en la costa Norte, y Menéndez, en la costa Sur; y como nuestro país es el del caciquismo, el negocio, las influencias, etc., etc., el beneficioso proyecto rueda aún en forma de expediente por los Ministerios de Fomento y de Ultramar. Ahora anuncian los americanos la construcción del ferrocarril central. Ellos lo harán sin expediente de cincuenta años de fecha, y sin preocuparse de si favorece ó perjudica á las empresas navieras.

III

Dicen que la insurrección de Baire sorprendió al general Calleja. No. El general Calleja no quiso creer en la insurrección, no quiso oír lo que de mil modos hicieron llegar á sus oídos. No quiso parar mientes siquiera en el tremendo desaire, en la provocación que envolvía aquel famoso brindis de todos conocido.

Cuando la chispa fué incendio; cuando la evidencia no admitía atenuación; cuando el General vió que el país contestaba con una insurrección formidable al proyecto de reformas de Maura, y vió también que no tenía elemento alguno de fuerza, de resistencia para combatir, para detener siquiera esa insurrección, dió cuenta al Gobierno y pidió refuerzos; pero era tarde ya: el mal no podía remediarse así.

Pudo antes de estallar la insurrección prevenirla, evitarla el Gobierno, concediendo en tiempo oportuno, ó reformas radicales, ó una autonomía tan amplia como la del Canadá.

España hubiera conservado su dominio en el nombre, su comercio, pues con el gobierno que allí se hubiera establecido, hubiera pactado un

tratado ventajoso. Se hubiera desembarazado de la deuda de Cuba, que desde luego hubiera sido aceptada por el gobierno colonial. Hubiese también economizado su ejército en Cuba y Puerto Rico, pues al hacerse dicho ejército colonial, el país lo hubiera sostenido en la medida de sus necesidades, y España sólo hubiera dado oficialidad voluntaria de la que tenía excedente.

No hecho esto en tiempo oportuno, no quedaba más recurso que sofocar breve, dura y rápidamente la insurrección, evitando de este modo la ingerencia de los Estados Unidos, que esperaban siempre ocasión para intervenir; y después de lograda la paz, conceder noble y generosamente todas las reformas, la autonomía, casi la independencia bajo la sombra de nuestra bandera.

Estaba sin duda escrito que en ese desdichado asunto en que se ventilaba, no una insurrección más ó menos, sino el porvenir de nuestra Patria, se equivocasen todos, absolutamente todos, incluso el ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo.

Este hombre político, á pesar de ver tan claro en casi todos los asuntos, se equivocó en Cuba. Al mandar doscientos mil hombres á aquella Isla, esfuerzo que causó la admiración de propios y extraños, Dios sólo sabe si se propuso hacer ver á los Estados Unidos de lo que éramos capaces,

lo que sucedería en el caso de que nos provocasen á una guerra, ó si creyó de buena fe que ese número de hombres era necesario para aquella campaña.

Si fué esto último, se equivocó en absoluto, como se equivocaron los estratégicos de café ó de redacción de periódico, al suponer que con tan potente ejército debió acabarse la guerra en el acto, pues sobraba para ocupar militarmente el país.

Pensar esto es desconocer en absoluto la Isla de Cuba y la índole de aquella guerra. Para ocupar militarmente la Isla no hubiera bastado con un millón de soldados, y para terminar la insurrección no hacían falta doscientos mil soldados que, unidos á refuerzos anteriores, guerrillas, voluntarios, etc., sumaban más de trescientos mil; es decir, un número inmenso de individuos sin aclimatar, llegados en todas épocas del año, incluso en aquellas en que el horrible clima se cebaba en los peninsulares de un modo cruel. *El Patriota* llamaban los insurrectos al vómito, su más fiel aliado.

Con esos refuerzos formidables, es decir, antes que ellos, marchó el general Martínez Campos, creyendo de buena fe que su prestigio, el cariño que en el país le profesaban aun los más encarnizados insurrectos, sería lo suficiente para lograr, ó su sumisión, ó por lo menos un medio

honroso de implantar reformas que salvarsen la situación.

Fué, por lo tanto, con un programa de lealtad y nobleza. Le aseguraron que el país y los jefes insurrectos responderían en el mismo sentido; les creyó, se equivocó, y cuando vió la invasión de Maceo y Máximo Gómez destruyendo, incendiando, asolando el país, confesó noblemente su equivocación, se embarcó, regresó á España y no volvió á intervenir en los asuntos de Cuba; pero es sensible en extremo esa buena fe y esa nobleza característica del general Martínez Campos, que le impidió seguramente tomar algunas medidas de precaución; una de ellas, ordenar la requisa del ganado caballar en la Isla, evitando lo que sucedió después, esto es, que el enemigo lo requisó, y á caballo, relevando caballos y dejando abandonados los cansados é inútiles, verificó su rápida invasión, perseguido irrisoriamente por columnas de Infantería. También si hubiera desconfiado de los cabecillas rebeldes, y con ejército tan numeroso como el que tenía á sus órdenes, pudo impedir la invasión de las provincias de Occidente, existiendo líneas naturales de defensa, como son la trocha de Júcaro á Morón, que es la primera; la línea de los ríos Jatibonicos, que es la segunda; la del río Zaza la tercera; la del río Anabama la cuarta, todas con pasos obligados; y por último, la quinta, el fe-

rrocarril de la Habana á Batabanó, lo más estrecho y llano de la Isla.

Triste, doloroso es que la buena fe siempre probada del general Martínez Campos le obligase después á batirse bizarramente como soldado, pues no basta luchar con el valor, la resolución, la abnegación que el general Martínez Campos y todo el ejército español tienen acreditado siempre. Hoy más que nunca, hoy que la guerra es una ciencia, necesita el ejército cabeza y dirección prudente á veces, cuando como en el nuestro hay sobra de valor.

El segundo error del Ministerio Cánovas fué enviar al general Weyler después del general Martínez Campos. El general Weyler debió ir antes para hacer la guerra con la guerra, que era el programa que se le confió. Si hubiera ido antes que el general Campos con esa misión y aquellos refuerzos, es seguro que la invasión de Maceo y Máximo Gómez á Occidente no se hubiera verificado, pues Weyler no hubiera confiado en ningún cabecilla ni hombre del país, hubiera reconcentrado el ejército, cubierto las líneas y los pasos, haciendo imposible la invasión.

Mucho trabajó el general Weyler para la pacificación y para la reorganización del ejército á sus órdenes. Lástima grande fué el que no todos le secundaron con la misma energía que ca-

racteriza á aquel General, para el cual no hay trabajo ni fatiga que le abrume, ni mengüe su naturaleza de acero, su desvelo y constancia para atender personalmente á todos, absolutamente á todos los múltiples é interesantísimos asuntos de tan importante mando.

Donde el general Weyler está, todo pasa por su inspección, todo lo despacha por su mano; no hay autoridad delegada. Él ordena las operaciones de guerra, la organización, marchas y operaciones de las tropas; revisa, examina y juzga los partes que se le dan; pide informes ó ampliaciones si las necesita; redacta las comunicaciones y hasta los telegramas para el Gobierno; se ocupa de los detalles más pequeños de Administración en sus innumerables ramos; asume todo el trabajo de Gobernador General y General en Jefe sin delegar ninguno, y aun le queda tiempo para despachar personalmente, con la más recta justicia y la más feliz memoria para recordar los méritos y circunstancias de cada jefe ú oficial, las propuestas de recompensas.

Grandes son los servicios prestados á su patria por el general Weyler durante su mando en Cuba. Algún día se hará luz sobre ellos y se apreciarán en lo que valen.

Lástima fué que los cambios políticos de nuestro país, en los cuales se atiende á todo menos á la conveniencia, á los intereses de la Patria, im-

pusieran á nuestros torpes gobernantes el relevo del general Weyler y el sacrificio del general Blanco; y decimos sacrificio, porque es evidente que este General fué á sabiendas de la dolorosa y terrible misión para la que le habían escogido, y conocedor de Cuba, de su situación política, de las intenciones y propósitos de los yankis, del resultado que podía conseguirse al implantar tardíamente la autonomía, generosidad que los insurrectos habían de considerar como debilidad é impotencia, y los americanos procurar con todas sus fuerzas no tuviera éxito, no podía ocultarse á su talento, experiencia y claro juicio el final de tan triste situación, el amargo calvario que le quedaba por recorrer.

IV

Vamos, pues, á ocuparnos de la parte más difícil, más penosa del trabajo que nos hemos impuesto. Vamos á ocuparnos de las tremendas responsabilidades que la Nación y cada uno de sus individuos tienen derecho á exigir á todos y á cada uno de nuestros hombres políticos, á todos los Ministros presididos por ese hombre funesto

que se llama Sagasta, y al cual había de tocar la triste suerte de ultimar la ruina y la vergüenza de España.

No tienen, no, disculpa estos Ministros; no pueden alegar que todos sus antecesores son también culpables; que todos contribuyeron más ó menos á preparar la catástrofe final, pues á ellos, para evitarla, ó al menos aminorarla, les han sobrado medios que no han sabido ó no han querido emplear. No era un secreto para nadie que en España piense medianamente, lea ó se ocupe de la cosa pública, que los yankis, esa nación rapaz, egoísta, falaz, infame, codiciaba nuestras colonias, y para satisfacer sus ambiciosas miras, no perdonaba medios, aun los más reprobados.

Inútil sería repetir aquí la serie de ofensas, de reclamaciones inauditas, de infracciones del Derecho de gentes por ellos cometidas en contra nuestra, y las humillaciones de nuestros Gobiernos para evitar una ruptura.

Conocido de todos es el proceder del cónsul Lée, General convertido en agente diplomático en apariencia, en realidad agente de los insurrectos y espía de su Gobierno para indicar el momento oportuno de la felonía y de la traición proyectadas.

La provocación, pues, de los americanos estaba prevista, esperada, descontada ya como cosa

segura, inevitable, y venía sabiéndose de largo tiempo.

Ahora bien: en esta seguridad, ¿qué ha hecho el Gobierno para prevenirse, para prepararse á la defensa?

Empezó con un acto de humillación relevando al general Weyler, á quien odiaban unidos insurrectos y norteamericanos, y lo relevó precisamente en los momentos en que este General manifestaba públicamente que para el mes de Marzo tendría acabada la guerra.

Nos parece que ante oferta de tal magnitud, que evitaba el choque con los Estados Unidos y tan inmenso beneficio podía reportar á España, merecía la pena de esperar, sostener á aquel General en su puesto los cuatro ó cinco meses de plazo que él señalaba para tan codiciado resultado. No era un plazo que por su extensión fuera peligroso.

El Gobierno de Sagasta, ó ciego como siempre, ó débil, ú otra cosa, ellos se lo sabrán, sólo tuvo energía para aquel violento relevo, y sin que nadie lo pidiera, demostrando una debilidad por lo menos deplorable, acordó en plena guerra, antes de vencer la rebelión en Cuba, conceder la autonomía á Cuba y Puerto Rico, é decir, lo que aquellos insurrectos no habían soñado obtener.

Naturalmente, no supusieron siquiera fuera

generosidad y nobleza del Gobierno español; creyeron, y por lo visto no se equivocaron, que era debilidad, y pidieron la independenciam.

Fué elegido el general Blanco para implantar el nuevo régimen político, y para imprimir también á la guerra nuevos derroteros de dulzura y de templanza, si esto cabe en lo posible.

El general Blanco fué allá en cumplimiento de su sagrado deber, pero no debió ignorar ni un solo instante la abnegación con que marchaba al sacrificio.

¿Qué hizo el Gobierno de Sagasta para prepararse, para prevenirse ante la eventualidad inminente de la guerra con una nación poderosa y despreocupada? *Absolutamente nada.*

Dicen que D. Antonio Cánovas, que preveía esa guerra más ó menos próxima, tenía un contrato secreto de compra de seis potentes barcos acorazados, y dicen que se habían abonado algunas importantes cantidades á cuenta de su importe.

Dicen también que el Ministro de Estado, el funestísimo Sr. Moret, que hasta la víspera del *ultimátum* americano estuvo afirmando que no habría guerra, sin explicar en qué fundaba su creencia, y dando lugar con tal aserto, no justificado, á las más absurdas suposiciones, de acuerdo con los no menos funestos é ineptos Ministros de la Guerra y de Marina, rescindió aquellos

contratos, y aun dicen que se pagó algo, unas gruesas sumas por indemnización.

Ese Ministro de Marina que se queda sin barcos ante la amenaza de una poderosa, ambiciosa y despreocupada nación, y sigue en su poltrona tan tranquilo.

Ese Ministro de la Guerra, que ni se le ocurre protestar en Consejo, y si no es oído dimitir su cargo, porque ni en Cuba, ni en Puerto Rico, ni en Filipinas había defensas de costas, de puertos, material potente moderno, reservas, municiones, cuanto los ejércitos necesitan, no ya para tomar la ofensiva, sino para una defensiva decorosa.

Es verdad que el Sr. Sagasta eligió bien, como desea siempre, su Ministro de la Guerra. Encontró la menor cantidad de militar y de general, y allí nombró su ministro. Dada la historia militar del Sr. Correa, ¿qué sabe él de las necesidades de la guerra? ¿Cómo pudo prever siquiera el Ministro del ramo, y menos el Sr. Sagasta, tan antimilitar toda su larga vida, menos cuando se dedicó á sobornar sargentos para sus revoluciones, que si se iniciaba la guerra para la posesión de la Isla de Cuba, era posible y probable que al mismo tiempo, ó antes, fuesen atacadas las Filipinas y Puerto Rico, como sucedió, las Canarias ó aun las mismas costas de España?

Esas cosas las sabe un novel oficial al salir de

la Academia, pero no puede saberlas el Sr. Correa siendo Ministro con Sagasta, y resulta, pues, que ante la ineptitud demostrada por esos ocho ó nueve Ministros, ó la catástrofe se tenía sabida, prevista y aceptada, nosotros no podemos decir cómo, según se oye por todas partes, ó ha tenido España la inmensa desdicha de que Sagasta, que nunca fué buen gobernante, en sus postrimerías, agotada en él hasta la inteligencia, reuniese los siete ú ocho compañeros más incapaces, más ineptos, y con ellos nos llevase á la ruina y á la vergüenza.

Dice la Prensa, sin que nadie lo desmienta, que el Sr. Moret compró *en 39 millones de pesetas* los cuatro trasatlánticos alemanes que el Ministerio de Marina había rechazado cuando se los ofrecieron por 19 millones, por no reunir condiciones; y dicen también, que el mismo Sr. Moret compró artillería que resultó anticuada, y que el representante de Krup en Madrid niega la compra; de modo que *parece* perdido el dinero *que parece* debió emplearse en la artillería.

¿Podrá ponerse en claro ese nuevo lío, que se parece como dos gotas de agua á una *irregularidad*?

Y luego, ¿podrán los Ministros de Guerra y Marina explicar su brillante papel al consentir que un Ministro civil compre directamente por sí, con ó sin autorización del Consejo de Minis-

tros, material de guerra y marina, resultando éste inútil?

Lucidos quedan ambos Ministros ante la opinión pública; pero era lógico y natural tan airosa situación; *no saben más*, y á nadie se le puede pedir más que lo que dé de sí y tenga probado vale y sirve.

Si desde hace años la guerra era inminente con los Estados Unidos, es lógico que con sólo gastar poco á poco, con prudente reserva, una parte de los miles de millones que se han gastado en esta fatal y *luctuosa* campaña, en material, en defensas, en artillería moderna, en marina de guerra, hubiéramos podido inspirar tal respeto, que quizás la guerra no hubiera sido posible; pero en España se viene haciendo hace años una deplorable labor contra todo gasto que asegurase nuestra preponderancia é infundiese respeto á las naciones poco escrupulosas. Tristísimo es decir una verdad que es, ha sido y será causa de nuestra completa ruina: en España, ni se respeta, ni se estima, ni se quiere al Ejército más que en los momentos en que se espera todo de él.

Pasada esa oportunidad, no hay político, escritorzuelo, industrial ó comerciante, aunque sea de ultramarinos, que no dé su opinión sobre el Ejército, lo considere una calamidad ruinosa y emita libremente y en alta voz su opinión sobre

todas las reducciones y economías que deben hacerse *en tan perjudicial é inútil colectividad*.

Las naciones potentes, las respetables y respetadas en el mundo lo son por sus ejércitos, por sus poderosas flotas, por su inmenso material moderno de guerra, y en ellas el Ejército es querido de todo el mundo, respetado, aceptado como una necesidad de la época y admirado por su abnegación y sacrificios.

De suponer es que no creerán esos enemigos del Ejército que el nuestro es inferior al de otras naciones, pues precisamente todas ellas envidian nuestro soldado, y nuestra oficialidad es de las más instruídas de Europa.

En cuanto á nuestros Generales, y para contestar dignamente á las imprudentes frases recientes de un señor Senador *muy valiente* al hablar envuelto en sus dos *inmunidades*, la parlamentaria y la que le presta su vejez extremada, no diremos más que, si hay alguno á quien pudiera referirse aquel Senador con sombra de justicia, culpa será de los mismos hombres políticos, que emplean sus influencias hasta en cosa tan delicada como los ascensos á los altos puestos de la Milicia y confeccionan leyes defectuosas que parecen hechas á propósito para hacer la selección de los que debieran llegar y no llegan á los primeros puestos del Ejército.

V

Dejamos expuesta la verdad *inconcusa*, reconocida y probada, de que el Gobierno del Sr. Sagasta, ante la inminencia de la guerra prevista y esperada por todo el mundo, no adoptó la más insignificante medida de precaución ni de defensa, y engañó al País y al Ejército, pues al rechazar con altanería el *ultimátum* americano, al expedir los pasaportes al Embajador y asegurar que nuestra escuadra rompería el bloqueo de Cuba, parecía indicar que todo lo tenía previsto, y tales medidas iba á tomar, que asombrarían al mundo, como así lo afirmó á algunos periodistas el Ministro de Marina, y éstos lo hicieron público con su indiscreción habitual y necesaria para la información periodística.

En efecto; el mundo quedó asombrado, y más que todo el mundo los españoles, que no pudieron creer jamás rayase tan alto la ineptitud, la desfachatez de sus Ministros, siendo inmensa la indignación general al hacerse público que por la indiscreción del Ministro de Marina se enteró el enemigo de la arribada de nuestra escuadra á Santiago de Cuba y pudo acumular sus elemen-



tos de combate en la boca de aquel puerto, impidiendo á nuestros barcos la salida.

Dicen que en los momentos mismos del altanero rompimiento y aceptación de la guerra, el Ministro del ramo, Sr. Correa, puso á los Capitanes Generales de Cuba, Puerto Rico y Filipinas los cablegramas más tristes que es posible, manifestándoles que no podían contar con refuerzo de ningún género ni con ninguna clase de auxilio en hombres, dinero, barcos, armamento, municiones, víveres y pertrechos, debiendo contar con sus propios recursos para la defensa.

Si esto es verdad, el Sr. Correa y aquellos Generales lo sabrán; nosotros no hemos podido comprobarlo; pero si es exacto, si ya que España no contaba con alianzas de ningún género, con ningún apoyo en Europa, ya que la torpeza de nuestros gobernantes nos puso á más bajo nivel que la nación de mercaderes, nuestros enemigos, los cuales tuvieron muy buen cuidado de concertar una alianza con Inglaterra antes de emprender la guerra con nuestro débil país, y ellos mejor que nosotros mismos conocían nuestra debilidad, evitando así que las simpatías de otras naciones pudieran traducirse en ayuda material, parece lógico que el Gobierno del Sr. Sagasta debió aceptar la intimación de evacuar la Isla de Cuba, hacer un manifiesto á las naciones de

Europa de la imposición que sufríamos, y la triste necesidad de aceptarla.

¿Y qué pensarán nuestros lectores y el país en general de la conducta del Sr. Sagasta al amordazar nuestra Prensa y permitir á los corresponsales yankees telegrafiar á su país libremente todos los movimientos de nuestras tropas y nuestros barcos, con lo cual pudieron ellos fácilmente contrarrestarnos?

Los planes ambiciosos de los Estados Unidos hubieran quedado desbaratados, su intervención militar imposible desde el momento en que, aceptando nosotros su imposición, habiendo ellos manifestado que sólo buscaban por humanidad y por intereses comerciales el fin de la guerra, es lógico que hubieran tenido que aceptar que nosotros entregásemos la Isla á Máximo Gómez, *discutiésemos* con él, y fácilmente, con seguridad, el plazo para la evacuación, el pago de la deuda y todos los demás detalles.

Si á pesar de esto los americanos querían á toda costa intervenir y realizar sus planes ambiciosos de anexión, entonces hubieran tenido la guerra con los insurrectos, no con nosotros, cuya misión, una vez aceptada la evacuación de la Isla, no era otra que el realizarla con orden, recogiendo y embarcando todo nuestro material de guerra y convirtiéndonos en espectadores de aquella lucha, neutrales para con los america-

nos; benévolos, pero también neutrales, con los insurrectos.

Un proceder de este género hubiese sido un golpe de habilidad del Ministerio Sagasta. ¿Por qué no lo hizo? ¿Es que no supo, es que no pudo? Misterios son éstos que el tiempo y la Historia esclarecerán; pero de haberlo realizado, hubiéramos salvado *por ahora* Puerto Rico y Filipinas.

Decimos por ahora, porque en breve plazo, cualquier nación poco escrupulosa á quien se le hubiera antojado la posesión de aquellas colonias, las hubiera encontrado, como siempre, indefensas y en disposición de llevárselas á la primera intentona. En España no se gasta nunca dinero en esas pequeñeces, y si se gasta es tan mal, tan incompleta é inoportunamente, que resulta dinero perdido.

Vino la catástrofe, y vino de un modo desigual para los tres Generales que mandaban nuestras colonias, aunque dolorosa y tristísima para los tres.

Puerto Rico, el punto más débil, casi sin guarnición, sin elemento alguno de defensa, sufrió bravamente los bárbaros bombardeos de la escuadra americana, se aprestó á la defensa, no pudo impedir el desembarco de Ponce, y antes de la lucha final se le impuso desde Madrid la paz.

Filipinas, donde sin duda nuestros gobernantes se figuraron que jamás llegaría la guerra, se

encontró sorprendida antes de aprestarse á la defensa por el ataque de la escuadra americana.

Nuestros viejos buques de madera fueron destruidos por los modernos acorazados del enemigo; basta leer los partes del combate dados por ellos, para comprender lo desigual de la lucha y lo heroico del sacrificio, igual al de Santiago de Cuba, sublime, admirable; pero el país se cansa ya de estos quijotescos sacrificios siempre heroicos, siempre sublimes, y vuelve los ojos hacia los poderes responsables para exigir esas responsabilidades á quienes envían á la muerte tantos nobles hijos de la Patria, hacia los que causan con ello la desgracia y el luto de tantas familias que valen más que ellos, hacia los que con su ineptitud é imprevisión, que constituyen un crimen de traición á la Patria, conducen ésta á su ruina.

Destruída aquella denominada escuadra de Filipinas; vigorosa y potente la insurrección del traidor Aguinaldo; pasándose á la insurrección los batallones indígenas con sus armas y municiones; disuelto y repatriado por las famosas economías la mayor parte, casi todo el ejército que llevó al Archipiélago el general Polavieja, aun se sostuvo Manila lo suficiente para no rendirse hasta después de firmado el protocolo de la paz, es decir, lo bastante para obligar á los americanos á desenmascarse por completo, y al exigir-

nos el Archipiélago filipino, verificar el más injusto, inicuo y desatentado despojo que registra la Historia; despojo cínico y desvergonzado del mercader sin conciencia, pues sin duda al ver la actitud de su *aliado Aguinaldo* y la guerra que allí les esperaba, ya la Prensa americana habló de sus propósitos de venderlo, es decir, de realizar cuanto antes lo robado, que es el buen negocio de todo malhechor vulgar.

VI

Hemos dejado Cuba para lo último, y nada pierden con ello nuestros benévololectores, pues aquella historia merece la pena.

Exacto ó no lo del cablegrama en que se decía al general Blanco que no contase absolutamente con auxilio alguno, es lo cierto que allí no fué más que la llamada escuadra del general Cervera, compuesta de cuatro barcos y tres *destroyers*, escuadra que hubiera valido más no fuese, pues sólo constituía un peligro y un compromiso, dada su debilidad por el número y calidad de buques.

No somos inteligentes en cosas de Marina. Lo que vamos á decir lo hemos leído escrito por los

mismos marinos después de su épico y glorioso desastre. Hemos leído que esos buques se alistaron precipitadamente, que no llevaban los pertrechos, las municiones y efectos en la forma que los debían llevar para la guerra; que los tres cruceros *María Teresa*, *Vizcaya* y *Oquendo*, no eran buques de combate para poder ni siquiera emprender lucha con los acorazados americanos, que reunían todas las condiciones, y que el único barco de combate, el *Colón*, no llevaba la artillería gruesa porque fué desechada al recibirse el buque de la casa Ansaldo, que lo construyó, y no se le dotó de otra.

En cuanto á los *destroyers*, no pudo probarse su eficacia, pues fueron destruidos á los primeros disparos de los potentes cañones americanos.

Resulta evidente que el general Cervera y sus bravos marinos fueron enviados á *sabiendas* para ser sacrificados, para morir, y no en beneficio, sino en perjuicio de la Patria, toda vez que la destrucción de aquella llamada escuadra, y sobre todo la noticia de que una escuadra americana se dirigía á bombardear los puertos de España, fué la señal para aceptar á cualquier costa la paz más afrentosa que registra la Historia; ¿y cómo no habían de aceptarla Sagasta y sus Ministros, cómo habían de dejar ver al mundo que bajo su *previsor* Gobierno, España no tenía defensas de ninguna clase ni en plazas ni en cos-

tas, y la escuadra americana hubiera podido bombardear á su sabor cuanto se le antojase, sin recibir un solo disparo de defensa?

Hubiera valido más no enviar á Cuba ningún buque de guerra, y en cambio enviar á Filipinas una escuadra capaz de batir la americana que allí había. La guerra entonces hubiera tomado otro aspecto muy diferente.

Además, el Gobierno y los Ministros de la Guerra y de Marina deben aprender, aunque tardíamente, que un ejército ó una escuadra se sacrifican hasta el último hombre y el último bote, cuando se trata de la salvación de la Patria; pero no se envían jamás al sacrificio y al martirio, cuando de ese sacrificio viene precisamente el fundamento para el hundimiento, la ruina, la vergüenza y la perdición de la Patria.

Si el general Cervera, en sus hábiles maniobras para desorientar la escuadra enemiga, hubiera podido llegar al puerto de la Habana, también la guerra hubiera tomado otro aspecto; pues allí, no sólo estaba segura bajo las poderosas defensas de la plaza, sino que, reforzada con los cañoneros y buques menores que en aquel puerto había, hubiera podido en ocasión oportuna ejecutar brillantes operaciones.

Encerrada en Santiago de Cuba y sin poder salir, gracias á la indiscreción del Ministro de Marina, no le quedaba más recurso que hacerse

destruir en una salida, como sucedió, ó destruir dentro del puerto los buques, desembarcar las dotaciones y evacuar la plaza arrasándola, y marchando las tropas á la manigua, donde seguramente no hubiese ido á buscarlas el ejército americano, que jamás se hubiera podido separar del amparo de los cañones de su escuadra.

El general Blanco había adoptado su resolución como soldado valeroso y general en jefe entendido, previsor y prudente; resuelto, según lo prueban sus alocuciones y disposiciones, á hacerse matar en las defensas de la Habana, y creyendo, con razón, que el enemigo no podría adjudicarse el triunfo mientras no conquistase la capital de la Isla, empresa que había de costarle mucho tiempo, muchos miles de hombres y una fabulosa suma de millones.

Ordenó, pues, el general Blanco el mayor esmero en las zonas de cultivo, para poder contar pronto con las cosechas de aquel fertilísimo país; y en efecto, al hacerse la paz, ya se recolectaban víveres.

Dispuso el mayor cuidado para la conservación y distribución de ganados, y efectivamente, no faltaron carnes.

Reconcentró sus tropas; fortificó la trocha de Júcaro á Morón; ocupó las líneas férreas fuertemente; fortificó y puso en defensa los puertos y ciudades de Cienfuegos, Matanzas y Cárdenas;

realizó grandes obras de defensa y artillado en la Habana; previno las operaciones de reconcentración que debían verificar en caso necesario las guarniciones de Puerto Príncipe, Holguín, Manzanillo y Santiago de Cuba; dictó severísimas órdenes para el caso de esas evacuaciones obligadas por el enemigo, y esperó el ataque.

Éste se verificó, como era natural, por el lado que más convenía á los americanos; por donde tenían encerrado el poco poder naval que España cometió la torpeza de enviar allá, y entre la disyuntiva de destruir nosotros mismos nuestros barcos ó lanzarlos á un desigual combate, se eligió lo más glorioso, lo más digno de nuestro carácter noble y caballeresco. Seguramente el enemigo hubiera estudiado lo más perjudicial para el contrario, aunque fuera lo menos noble; pero en algo se ha de conocer la lucha entre caballeros y los que no lo han sido, no lo son, ni lo serán jamás.

Destruída nuestra escuadra y aceptada á cualquier costa la paz por el pusilánime Gobierno de Sagasta, el general Blanco fué consultado sobre la actitud del ejército á sus órdenes, á cuya consulta dió la contestación más digna y respetuosa. Sin duda el Gobierno temió una justa explosión de indignación de un ejército entero y animoso á quien se entregaba al enemigo sin combate, pues en Santiago se batieron cinco mil

hombres contra cuarenta mil, y en El Caney quinientos, á las órdenes del bravo y malogrado general Vara de Rey, contra todo el ejército americano.

Nadie más se batió, y si en la capitulación se incluyeron tropas que no se habían batido, fué por la equivocación de un cablegrama de que el enemigo se aprovechó. La precipitación del Gobierno, su desconocimiento de lo que es la guerra, los armisticios, los preliminares de paz y las capitulaciones motivaron esta grave falta; pero nada de extraño tiene esto, pues el Sr. Sagasta había elegido para Ministro de la Guerra, para director de las tres campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, á un apreciable caballero que llegó á General desde los talleres de fábrica de artillería, en cuyo cuerpo empezó á servir, y los bufetes después del Ministerio de la Guerra, despachando asuntos de personal y sin haber dado jamás pruebas en su vida militar de las especiales dotes que exige un puesto de tal importancia, no sólo en operaciones de guerra que no conoce, sino ni en lo relativo á la paz.

Sólo así se comprende que hayamos aceptado aquel protocolo de preliminares de paz, que hayamos evacuado nuestro territorio antes de terminarse dicha paz, y como consecuencia de tal ineptitud, de tal desconocimiento de la guerra, hayamos venido á la serie de despojos, de san-

grientas humillaciones de que hemos sido objeto, de ultrajes que encienden de vergüenza el rostro de todo el mundo menos del Gobierno, y lo prueba el que á pesar de toda la inmensa desdicha y vergüenza que han traído sobre nosotros, quieren aún continuar en su puesto; pretenden sin duda eludir desde él las tremendas responsabilidades que les abruma, acostumbrados sin duda como están á disponer á su antojo de todo, incluso la honra de la Patria, sin que nadie les exija responsabilidad, y como si no fuera bastante lo dicho, en el *Libro Rojo* se omiten las causas de la guerra; *son secretas*, según parece. ¿No tiene derecho el país á saber esa verdad, por vergonzosa que sea? ¿Cómo habían de publicarla Sagasta, Moret y compañía? Vistos los resultados de tal guerra, bien deberíamos conocer la verdad de las causas de ella.

No queremos recargar tintas que son bien negras. No queremos, pues, indicar siquiera las funestas consecuencias de esos errores, y de que son víctimas nuestros desdichados hermanos prisioneros de los insurrectos tagalos. La conducta de los americanos y de nuestro Gobierno con ellos es horrible.

Aun tiene sobre sí este Gobierno aborrecido otro crimen de lesa Patria. Sin duda temiendo al ejército de Cuba, dejó correr ó propaló, para que germinase entre el vulgo impresionable é

ignorante, la idea de que el ejército de Cuba era el responsable del desastre, y se concibe lo hiciera así, pues las medidas del Gobierno no son benévolas para aquel ejército, como no lo fué tampoco la acogida que los pueblos dispensaron á los primeros repatriados, y hoy mismo la que se hace á los que van llegando es bastante fría.

Sigue, pues, la obra de divorcio entre el pueblo y el Ejército, ese Ejército tan abandonado, tan mal juzgado; ese noble Ejército salido del pueblo y que al pueblo vuelve, el que queda aún con vida, pero con la salud perdida para siempre por efecto de los rudos trabajos, de las penalidades de una guerra en aquellos mortíferos climas.

Vuelve sin cobrar sus haberes y sabiendo que no los cobrará jamás. Vuelve anémico y casi moribundo, pero resignado y satisfecho del cumplimiento de su deber, aunque apenado y triste al ver la frialdad, la indiferencia de los que aquí quedaron; indiferencia y frialdad que prueban la injusticia con que son juzgados aquellos nobles hijos de España, que envidian á los compañeros que quedaron enterrados en aquellas ingratas tierras; pues así no ven lo que aquellos que sobreviven, aunque no será por mucho tiempo, pues raro es el que vuelve sin estar herido de muerte; están obligados á ver y sufrir les discultan y nieguen hasta los méritos que allí contra-

jeron exponiendo mil veces su vida por la Patria.

Ese sufrido y noble Ejército calla y callará, porque es su deber. ¿Callará también su General en Jefe, el único llamado á exponer las quejas de tal proceder y recabar la justicia que se debe á aquellos nobles hijos de España, dignos de mejor suerte? Es de creer que no, pues si lo hace, aceptará inmensas responsabilidades que no son suyas, y dejará sin medios de obtener justicia al Ejército de su mando.

El general Blanco, partidario de la guerra á todo trance, sabedor de que ése era el deseo, el afán, el anhelo del Ejército de su mando, seguramente hará, él que puede lograrlo, luz, mucha luz para que las tropas de su mando queden en el lugar que les corresponde, obtengan de la opinión imparcial cumplida justicia.

El Noticiero Universal, periódico que ve la luz en Barcelona, ha publicado el relato de los combates de Santiago de Cuba, escrito por un Capitán del Ejército sueco, agregado militar á la Legación de su país en Wáshington, relato completamente verídico é imparcial. No queremos privar de él á nuestros lectores. Dice así:

«El capitán Wester, agregado militar á la Legación de Suecia y Noruega en Wáshington, que siguió las operaciones acompañando al Cuartel

General del Ejército americano, relata en la siguiente forma los combates librados en torno de aquella plaza:

I

El Caney.

»El 30 de Junio por la tarde, el Ejército americano (1) se concentró al Este de Santiago para prepararse al ataque.

»La brigada Duffield se dirigió por la costa hacia Aguadores.

»El núcleo principal de las fuerzas formaba dos agrupaciones; en El Pozo se situaron las divisiones Kent y Wheeler con tres baterías, mientras la división Lawton, con una batería,

(1) El cuerpo expedicionario bajo el mando del general Shafter estaba compuesto de la siguiente manera:

Primera división (Kent), 5.137 hombres, divididos en tres brigadas (Hawkins, Pearson y Wikoff).

Segunda división (Lawton), 5.379 hombres, repartidos en otras tres (Miles, Ludlon y Chaffée).

División de Caballería (á pie), Weeter, 2.773 hombres en dos brigadas (Summer y Yonng).

Brigada independiente (Battet), con 1.085 hombres.

Brigada Duffield, con 2.543 hombres.

Un batallón de Artillería con cuatro baterías de á cuatro piezas y dos compañías de sitio con su tren.

Un regimiento de Caballería, dos compañías de Ingenieros y una sección aerostática; en total 18.216 hombres, 16 piezas de campaña y 8 de sitio.

marchaba hacia el Norte para ocupar posición al Este de El Caney.

»La brigada Bates constituyó la reserva, situándose al Este de El Pozo.

»Frente á ellos, el general Vara de Rey ocupaba El Caney con 500 hombres de Infantería; en Aguadores había 1.000; en el centro el general Linares emplazó sus avanzadas, formadas por 1.200 hombres, que se situaron en las alturas de San Juan, mientras que los fuertes de la entrada del puerto y los atrincheramientos que defendía Santiago quedaban guarnecidos con 5.500 hombres.

»El 1.º de Julio, al punto del día, la división Lawton comienza su movimiento de avance hacia El Caney; la confianza reina en el campo americano, donde el único temor consiste en que el enemigo se escape sin combatir; pero en El Caney, como se verá, están muy lejos de pensar así.

»Las casas del pueblo han sido aspilleradas, se han abierto trincheras en un terreno pedregoso, y el fuego de unas y otras es rasante sobre un espacio de 600 á 1.200 metros; en la punta Nordeste de la posición, el fuerte de El Viso, guarnecido con una compañía, ocupa una colina desde la cual se dominan todos los aproches.

»Los americanos se proponían envolver la posición española, para lo cual la brigada Chaffée

se dirigió desde el Noroeste hacia El Viso; la de Ludlon, desde el Sudoeste hacia la desembocadura del camino que une El Caney con Santiago, mientras que una batería se colocó en posición al Este del pueblo, y la brigada Miles ocupa al Sur Ducorean (?), formando el ala izquierda.

»Hacia las seis de la mañana comenzó el fuego de las trincheras españolas; de improviso se descubre sobre ellas una línea de sombreros de paja; inmediatamente el ruido de una descarga, seguido de la desaparición de los sombreros: esta operación se repite cada minuto, observándose en ella una gran regularidad y la acción de una voluntad firme, lo que no deja de producir una profunda impresión en la línea de exploradores americanos; las balas cruzan el aire, rasando el suelo, hiriendo y matando.

»Poco tiempo después, toda la brigada Chaffée se encontró desplegada, pero sin poder avanzar un paso, y la de Ludlon se vió también detenida.

»Mientras el fuego de la Infantería aumenta progresivamente, la batería americana comienza á disparar. Como los españoles no cuentan en El Caney con un solo cañón, el fuego puede hacerse con la misma tranquilidad que en un campo de maniobras: las piezas pueden hacer daño, sin peligro alguno de recibirlo.

»Á los pocos momentos las granadas estalla-

ban por encima de las trincheras, alcanzaban las casas del pueblo y perforaban los muros de El Viso, proyectando los *shrapnels* su lluvia de plomo sobre la posición; mas, á pesar de todo, en el fuego español se observa igual continuidad é igual violencia.

»Delante de El Viso se descubría un oficial paseándose tranquilamente á lo largo de las trincheras: fácil es comprender que el objeto de este peligroso viaje en medio de los proyectiles de que el aire está cruzado no es otro sino animar con el ejemplo á los bravos defensores; se le vió de cuando en cuando agitar con la mano su sombrero y se escuchaban aclamaciones. ¡Ah, sí! ¡Viva España! ¡Viva el pueblo que cuenta con tales hombres!

»Las masas de Infantería americana se echaban y apretaban contra el suelo hasta el punto de parecer clavadas en él, no pudiendo pensar en moverse á causa de la precisión de las descargas que la pequeña fuerza española les enviaba á cada instante. Se hizo preciso pedir socorros, y hacia la una avanzó Miles desde Ducorean (?), entrando en línea á la derecha de Ludlon, y hacia las tres la cabeza de la brigada de reserva se desplegaba á la derecha de Chaffée; pero en lo alto de las trincheras, el chisporroteo de los Mauser se escuchaba siempre.

»Por fin, á las tres y treinta y seis minutos la



brigada Chaffée se lanza al ataque contra El Viso; pero queda al principio detenida al pie de la colina, y no invade el fuerte sino después de un segundo y violento empuje.

»Los españoles ceden lentamente el terreno, demostrando con su tenacidad en defenderse, lo que muchos militares de autoridad no han querido nunca admitir: que una buena infantería puede sostenerse largo tiempo bajo el fuego rápido de las armas de repetición. ¡El último soldado americano que cayó fué herido á 23 pasos de las trincheras!

»Aunque la clave de la posición estaba conquistada, la lucha continuaba. Yo seguí, con el corazón oprimido por la emoción, las peripecias de esta furiosa defensa y de este brusco ataque.

»Desde El Viso, una vez ocupado, las tropas americanas comienzan á tirar sobre el pueblo, que es también en este momento el objetivo de la brigada Ludlon; pero la ocupación no se efectuó hasta las cuatro y media, hora en que los últimos españoles abandonaron las casas para recomenzar el fuego desde una colina situada 600 metros al Oeste.

»¡Admirable obstinación de resistencia, á la que todos contribuyen hasta el último instante!

»Detrás de la línea de batalla americana se arrastraban los cobardes chacales de esta guerra: los cubanos.

»Desde los bosques de palmeras situados al Este de El Viso habían tomado alguna parte en la acción. Allí fui y presencié una escena repugnante: dos hermosos muchachos catalanes estaban tendidos y medio desnudos entre las altas hierbas: sus negros cabellos, manchados de sangre, sus ojos abiertos y vidriosos, y debajo de estos pálidos y desfigurados rostros sus gargantas estaban abiertas por esas heridas delgadas y profundas que el machete produce.

»Mi misión inactiva y neutral no me permitía sino huir de allí para sustraerme á este horrible espectáculo, y así lo hice, dirigiéndome hacia las tropas americanas que en aquel momento daban el asalto á El Viso, y á sus jefes me acerqué rogándoles el envío de centinelas que cuidaran de los heridos españoles que quedaban detrás de las trincheras conquistadas.

»Generosos como siempre para los desgraciados (¡!), los americanos escucharon mi súplica, y ¡curiosa circunstancia! mientras me ocupaba de salvar á mis camaradas españoles, una bala de sus compatriotas en retirada me alcanzó. Pero, felizmente, sólo llegó á atravesar mi capote.

»El ruido del combate no cesó sino cuando el sol estaba á punto de ponerse. Durante cerca de diez horas, 500 bravos soldados resistieron unidos y como encadenados sin ceder un palmo de terreno á otros 6.500 provistos de una batería,

y les impidieron tomar parte en el principal combate contra las alturas del monte San Juan.

»¡Después de esto, ni una palabra más se escuchó en el campo americano sobre la cuestión de la inferioridad de la raza española!

»Y esta lucha de El Caney, ¿no aparecerá siempre ante todo el mundo como uno de los ejemplos más hermosos de valor humano y de abnegación militar?

»¿Quién haya tomado parte en ella no es bien digno de una honorífica recompensa?

»¡Contemplad ese pueblo! Las casas están ruinas por las granadas, las calles cubiertas de muertos y heridos. El general Vara de Rey está allá, muerto; sus ayudantes al lado suyo, muertos; en derredor multitud de oficiales y soldados.

»Todos han llenado su deber, desde el primero al último.

»¡Dichoso el país que es tan querido de sus hijos!

»¡Dichosos los héroes que han sucumbido en un combate tan glorioso!

»¡Con su sangre han escrito en la Historia el nombre de El Caney como uno de los más brillantes episodios guerreros, y con letras de oro debe inscribirse también en las banderas de las tropas que allí combatieron!

II

San Juan.

»Mientras este drama se desarrollaba en El Caney, la batalla estaba empeñada con igual encarnizamiento en las alturas del monte de San Juan, donde 1.200 españoles se encontraban atrincherados.

»A las seis y treinta y cinco minutos, una batería americana se colocaba en posición al Oeste de El Pozo, mientras otras dos quedaban tranquilamente en reserva; el fuego de la artillería comienza á dirigirse contra el *blockaus* del monte de San Juan.

»Veinte minutos después, las piezas españolas situadas al Este de Santiago contestaban con un fuego tan nutrido, que las masas de tropas que se encontraban cerca de El Pozo se vieron obligadas á abandonar sus emplazamientos.

»Las divisiones Kent y Wheeler se forman en marcha con orden de atacar las alturas de San Juan, una por el Sur y otra por el Norte del camino de Santiago; no tienen más remedio que desfilarse por un estrecho sendero entre la maleza, marchando á uno, pues no hay lugar para más.

»Hacia las diez, las cabezas de las columnas

llegaban al río de San Juan, donde se encontraron expuestas á un fuego terrible que se les dirige desde la colina y las alturas, sin posibilidad de desplegar á los lados del camino por la espesura impenetrable de la vegetación. Precisa marchar en fila sobre el llano á derecha é izquierda á la vista de las trincheras.

»Wheeter se dirige por el Norte del camino hacia una colina ocupada por un pequeño destacamento español, y Kent hacia el *blockaus* de San Juan. Todos los regimientos se confunden y no forman sino una turba enorme que, á pesar de su superioridad numérica, avanza sólo por cortos impulsos y muy lentamente hacia los objetivos del ataque.

»A la una, Wheeter se posesiona de la colina y continúa su movimiento de avance contra las alturas de San Juan, por el Norte del camino; pero se presenta ante él el mismo obstáculo que apareció en El Caney; largas filas de sombreros se asoman y desaparecen alternativamente á lo largo de las trincheras.

»Los americanos, que se batían cuatro contra uno, no pueden avanzar, aunque los cañones españoles no disparaban en este momento y á pesar del apoyo de las baterías americanas de reserva, que habían entrado en línea y roto el fuego desde El Pozo, arrojando una verdadera lluvia de plomo sobre los defensores.

»A la una y veinte minutos, tres ametralladoras se unen á la acción, concentrando su fuego continuo contra el *blockaus*, y la situación de su guarnición es ya insostenible.

»La de las trincheras es casi toda, por tierra, bañada en sangre, y herido el general Linares, comandante en jefe. ¡Es ya demasiado!

»El fuego español se debilita. Kent avanza, y tras unos cuantos esfuerzos, necesarios todavía, los soldados se lanzan gritando á las cimas de las alturas, recibiendo el fuego á quemarropa en los últimos momentos; Wheeler sigue el movimiento de Kent y se emplaza á su derecha.

»Fué preciso batallar con 8.000 hombres y tres baterías desde las seis y media de la mañana hasta la una y cuarenta y cinco minutos de la tarde, es decir, durante siete horas, para desalojar á 1.200 españoles de sus posiciones.

»Y la operación no está concluída, pues sólo se había conseguido ocupar los puntos avanzados. La línea capital de la defensa, formada por atrincheramientos sobre las colinas del Este de Santiago, estaba intacta, y los españoles rompían desde toda ella un fuego nutrido y furioso, y éste continuaba y continuaba sin interrupción. Los americanos, fatigados ya por el ataque de San Juan, se detienen todos y apenas pueden sostenerse en pie. Se hizo avanzar la artillería de El Pozo hasta la colina de San Juan;

pero el efecto de su fuego no pudo cambiar la situación, y al fin la llegada de la noche interrumpe la lucha.

III

La batalla de Santiago.

»Durante la noche que siguió á los combates descritos, muchos oficiales y soldados de las tropas americanas estacionadas en las alturas de San Juan solicitan ser retirados de ellas, efecto del agotamiento de sus fuerzas, consumidas en batir á un adversario tan inferior en número; pero lejos de accederse á esta petición, varias unidades de las fuerzas que habían tomado parte en el combate de El Caney recibieron orden de trasladarse durante la noche desde El Pozo á San Juan para reforzar la línea principal.

»Apenas el sol apareció, se reanudó la batalla. Kent y Wheeler continuaban con sus fuerzas desordenadas y sus hombres anonadados y abatidos en las crestas de las alturas tomadas la víspera; la fatiga misma les había impedido el atrincherarse seriamente durante la noche.

»La cabeza de la columna Ludlon atraviesa á las ocho el río San Juan; á ésta siguen las bri-

gadas de Lawton, y toda la división prolonga la línea de Wheeter por el Norte, cortando así el camino de Santiago al Caney.

»Bates, que les ha precedido, se despliega á la izquierda de Kent, mientras la artillería trataba de elegir posición al Norte del *blockaus* de San Juan.

»Castigada ésta por vivas descargas de Mauser, que la alcanzan, tiene que retirarse á las once sobre El Pozo, y allí quedan las baterías inactivas.

»El desplazamiento de tropas se termina durante la tarde con la llegada de los dos regimientos de la brigada Duffiel, que provienen de Aguadores y se unen á los de San Juan.

»Frente á Aguadores queda un solo regimiento en observación, pues el ataque á este punto ha resultado un fracaso completo con sólo la pérdida de once hombres.

»Por lo demás, no hay cambio alguno en el orden de batalla de la Infantería: Bates, Kent y Wheeter cruzan durante todo el día fuego de descargas con el adversario. Cuanto á Lawton, solamente su ala izquierda toma parte en él; el núcleo de la fuerza estaba demasiado alejado para tomar parte en el combate.

»El fuego ejerce una acción tan violenta sobre los asaltantes, que no pueden avanzar un paso, y después de un día de continua lucha, se

les presenta la perspectiva de una segunda noche de sufrimientos.

»Ambos adversarios se encuentran en sus posiciones sin tiendas-abrigos y durmiendo en sus trincheras, anegadas por una lluvia torrencial. En el Cuartel General empieza á discutirse seriamente la retirada: Shafter se manifiesta desesperado ante la situación; pero, sin embargo, resiste y no la decide.

»El día 3 de Julio por la mañana rompe el fuego de nuevo; pero viendo la imposibilidad del ataque con las fuerzas de que dispone, y temiendo que sus fuerzas no puedan siquiera sostenerse en sus posiciones bajo el fuego incesante del enemigo, se decidió á entablar negociaciones, y hacia la una de la tarde ordenó izar bandera blanca.

»Los españoles habían, pues, conseguido, á pesar de su enorme inferioridad numérica, sostenerse en toda la línea capital de defensa y anular por completo la fuerza ofensiva del cuerpo americano.

»Resumamos, concretando, la impresión sobre los combates que tuvieron lugar alrededor de Santiago.

Con 8.000 combatientes, que no fueron reforzados sino el día 3 por la tarde con las fuerzas del general X... (Escario), que trajo 2.700 hombres, el general Linares se vió obligado defen-



der los antiguos fuertes de la entrada del puerto contra la escuadra americana y á batirse simultáneamente alrededor de la plaza contra todas las fuerzas del general Shafter, que sumaban 18.000 hombres.

»Nada más brillante que estas luchas, en las cuales las fuerzas españolas no podían lógicamente aspirar sino á contener al adversario.

»En El Caney, 500 hombres resistieron un día entero á 6.500 americanos, provistos de una batería, y les causaron 700 bajas.

»En San Juan, 1.200 españoles, con algunas piezas, detienen 8.000 hombres apoyados por tres baterías, y les infligen 800 bajas en un combate que dura siete horas.

»Por último, el 2 y 3 de Julio no quedan á Linares, si se descuentan las fuerzas necesarias para la guarnición de los fuertes de El Morro, Socapa, Estrella y Aguadores, sino 5.500 hombres, y ante éstos, todo el Ejército de Shafter reunido se ve obligado á hacer alto y fortificarse, perdiendo en la operación 200 combatientes.

»Y el cuerpo americano, fuerza es hacerlo notar, no se componía de hombres reclutados á toda prisa y de cualquier manera. Únicamente 3.500 voluntarios formaban en sus filas; el resto estaba formado de soldados del Ejército regular, verdaderos guerreros bien constituidos, bien adiestrados y bien escogidos; veteranos que

habían hecho durante largos años la guerra á los indios.

» Los regimientos de voluntarios que se encontraban con ellos eran incapaces de sostenerse contra los españoles. Prueba de ello que en Aguadores, todo el ataque de Duffield, cuya brigada estaba exclusivamente formada con voluntarios, fué completamente rechazada. De igual manera en San Juan, el 71 de New-York fué detenido en el camino de El Pozo, delante de las alturas, y obligado á estacionarse, sin avanzar un paso, á pesar de todo lo que han referido todos los periódicos americanos.

» Yo lo vi y pasé delante de ellos.

» Por último, en El Caney, el 2.º Massachusset, que estaba bajo las órdenes de Ludlon, se negó á seguir el movimiento desde que empezó á sufrir los efectos de las primeras descargas.

» Todas estas tropas se resistían tenazmente á avanzar desde que apercibieron en sus filas bajas causadas por las balas españolas.

» No hubo sino un regimiento de voluntarios, el 1.º United States Volunteers (Rough-Riders), que tomase una parte seria en la acción; pero éste estaba compuesto de aventureros de todas las naciones, gentes audaces, y no puede compararse sino á una legión extranjera.

» Por lo tanto, los voluntarios han cedido en todas partes el campo á los españoles y los anti-

guos regimientos regulares americanos han pasado muy rudos trabajos, según hemos visto, para desalojar de las posiciones á sus tenaces defensores.

»¡Así es como las tropas españolas han combatido contra un adversario audaz y bravo!

»¡Así han sostenido y sabido salvar el honor de su bandera real!

»¡Recoged, pues, conmigo, vosotros, nobles corazones que laten en los valles del Ebro y en las montañas de Sierra Morena, ramos de verdes laureles, y cubramos con ellos las tumbas de los bravos que duermen el sueño eterno en aquellos países tan alejados de la Patria querida, donde han mecido sus cunas cariñosas manos!

»¡Coronad con ellos á los héroes que vuelven heridos por las enfermedades, el cansancio y las balas, que son grandes en su desgracia!

»Es lo menos que puede hacerse en pro de esos hombres que, con su heroica resistencia en medio de tanto desastre, han sabido salvar el honor de España.»

VII

Nos queda un punto que tocar, el más escabroso, pero que no hay más remedio que abordar y de frente, con leal franqueza.

Ante el resultado *del sistema* que nos rige, ¿es posible continúe este sistema?

Nosotros sin vacilar contestamos que no, y con nosotros seguramente dirá lo mismo todo español que sienta aún subírsele al rostro los colores de la vergüenza, esto es, la sangre que se arrebatata y sube cuando la indignación la empuja desde el corazón.

Síntoma triste es la indiferencia con que parece verse nuestra ruina y nuestra humillación, y el descaro y desvergüenza con que este Gobierno funesto busca apoyos para sostenerse en el poder, y el afán con que otros *conocidos políticos* pretenden sucederle. ¿Es que queda aún algo más que perder, ó regalar, ó vender?

Creímos siempre que una vez hecha la paz desastrosa á que nos han traído, el edificio político caería solo, sin soplo siquiera, derribado por el propio peso de sus desaciertos. ¿Nos habremos equivocado? ¿Será preciso despertar al león español que duerme, ó es que también han dado

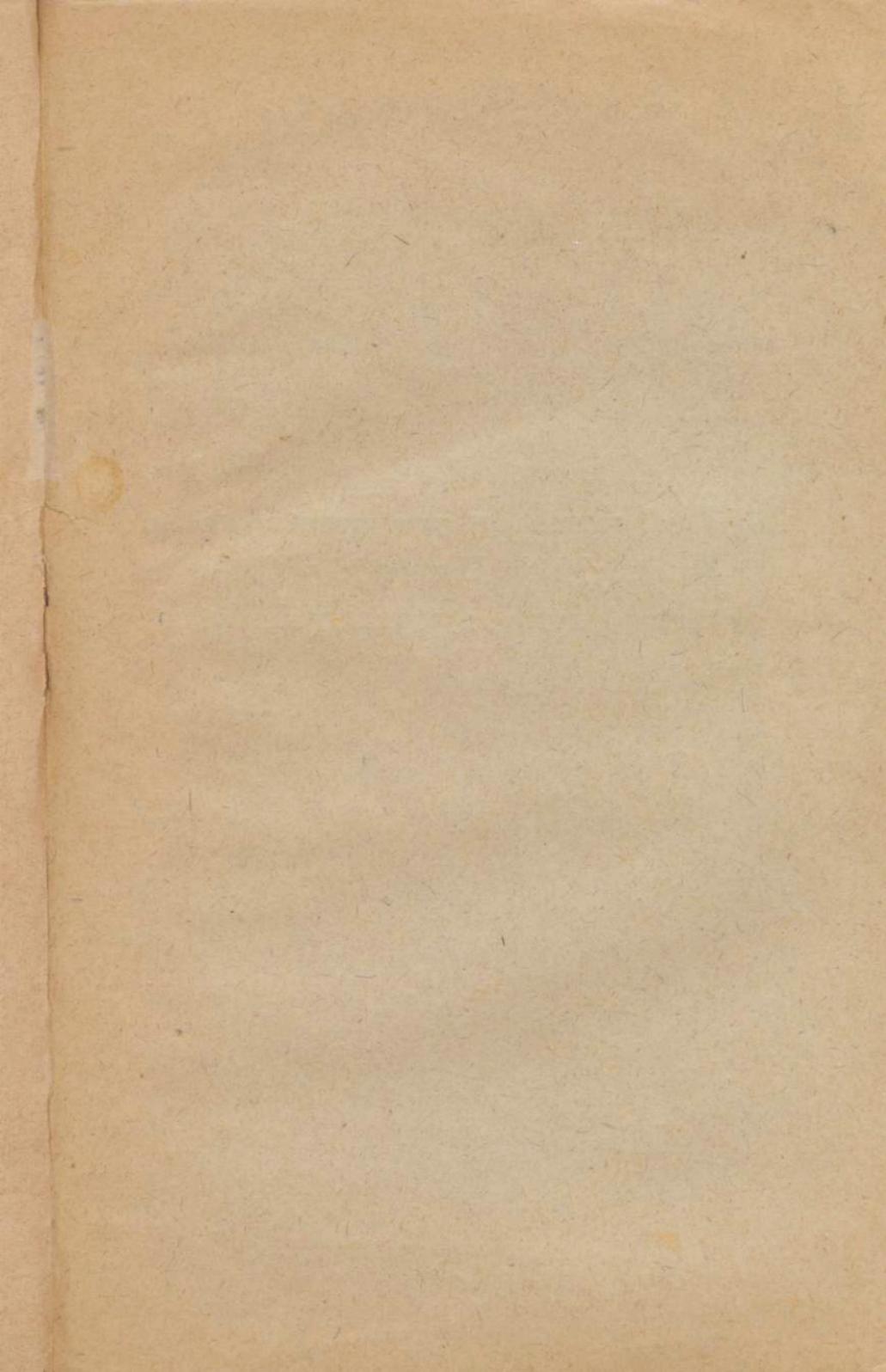
el león para alguna *ménagerie* extranjera y ha quedado en su lugar un cordero?

En España hay un sitio vacante para un hombre de honor, de corazón, de resolución, de grandeza de alma bastante para intentar la regeneración de esta pobre Patria tan escarnecida y vilipendiada. Si hay ese hombre, á su lado, bajo su bandera, nos agruparemos los que ansiamos honra, prestigio, decoro, dignidad; los que pretendemos cesen de imperar los desvergonzados, los cínicos, los caciques, los vividores, á la sombra todos de esos Ministros que tienen el Rey en el tintero, y que, sin responsabilidad, disponen de vidas, haciendas, *porvenir* individual y colectivo, honra é integridad de la Patria.

¡Abajo, pues, los farsantes de la política, los traidores, los ineptos, llámense como se llamen, y si es posible, si la Divina Providencia lo permite, con hombres nuevos que no hayan sido responsables aún de nuestras desdichas, con moldes nuevos, busquemos la regeneración de esta noble y desdicha Nación, digna de mejor suerte!

Vicente de Cortijo.

Febrero de 1899.



Este folleto se halla de venta en Madrid, al precio de **una peseta**, en la Casa editorial de Hernando y C.^a, calle del Arenal, núm. 11, y principales Librerías.

